

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de

D. Miguel Sawa.

15 CENTIMOS NÚMERO
Idem atrasado, 30.

Á CORRESPONSALES Y VENEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.



AÑO NUEVO

Año que vas á nacer
tras unas horas no más,
¿quién sabe lo que serás,
quién ¡ay! lo que vas á hacer?

¡Bien vengas si vienes, año,
como un iris de bonanza!
Hoy eres una esperanza...
¡No acabes en desengaño!

Pon tus esfuerzos á prueba,
remueve al mundo en su base;
tu programa está en la frase
«año nuevo, vida nueva».

¡Qué vida vas á llevar
si cumples con tu deber!
¡Mucho tienes que barrer
y mucho que renovar!

SEGOVIA ROCABERTI.



ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN		FUNDADOR	PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID...	Un mes..... 1 pesetas. > trimestre..... 2,50 > año..... 10	EDUARDO SOJO	EN PROVINCIAS...	Un trimestre..... 3 pesetas. > semestre..... 6 > año..... 12
			EXTRANJERO...	> año..... 15

**Almanaque de DON QUIJOTE
PARA 1900**

Se ha puesto ya á la venta... y está á punto de agotarse la edición.

Publica artículos y poesías de los notables escritores Rubén Darío, Almendros, Palacio (Manuel del), Barrantes, Medina (Vicente), Rueda, Ayala, Ferrán, Balart, Campoamor, Dicenta, Palomero, Gómez Carrillo, Zahonero, Catulo Mendez, Pardo Bazán, Martínez Sierra, Sawa (Miguel), etc., etc.

De la parte artística se han encargado los notables dibujantes Rojas, Leal da Cámara, Solar de Alba, Poveda y otros.

Además, y en hermosos fotografa los, se publican los retratos de Castelar en 1858, en 1875, en 1886 y en 1890, y los del maestro Bretón, Gómez Carrillo, Riquelme y Mariani, y caricaturas de los generales Weyler y Polavieja, Padre Sanz, Leal da Cámara, etc., etc.

Precio: 50 céntimos.

Para los corresponsales y suscriptores de DON QUIJOTE: 40 céntimos.

¡A TRABAJAR!

Si yo fuera *quién* para hablar eficazmente en nombre del Estado, dirigirla á cuantos en España ejercen la profesión religiosa, un discurso del tenor siguiente:

«Ochenta mil sois, según los últimos datos estadísticos, entre curas, frailes y monjas; ochenta mil personas que tienen por misión orar noche y día por el bien y la felicidad de todos. Económicamente nada producís. Consumís, eso sí. Algunos de entre vosotros consumen demasiado; el que menos, algo. Quien consume y no produce, vive á expensas de los demás. Alguien ha de producir lo que él gasta. Si vosotros, varones, labrárais los campos, ejercitarais la industria y el comercio, cultivarais con fruto las profesiones liberales; si vosotras, hembras, fuérais madre de familia, contribuyendo á aumentar la población, cuidando de vuestro marido y de vuestros hijos, seriais, humanamente hablando, útiles á la sociedad. En vuestra profesión religiosa, también podéis ser utilísimas.

«¿Cómo? De dos maneras: ó moralizando al pueblo con vuestras exhortaciones y vuestro ejemplo, ó atrayendo sobre él los dones de la divina gracia. Moralizar á una sociedad, es prestarla el más grande de los servicios, ya que la moralidad es para el sér colectivo el mejor de los negocios; por eso Inglaterra, tan poco dada al misticismo, retribuye espléndidamente á su Iglesia. Procurar á un país las bendiciones del cielo, sería hacerle el mayor de los bienes. No ya el presupuesto de culto y clero, todo el presupuesto y aun la fortuna entera de todos no bastaría para pagar tamaño beneficio. Pero es el caso que vosotros no moralizáis, puesto que el país en que vivís es uno de los más corrompidos. Es el caso que no atraéis sobre nosotros las mercedes de la gracia, puesto que el país que os mantiene es uno de los más desgraciados. Luego, siempre hablando humanamente, ninguna misión útil cumplís. No ganáis el pan que coméis.

«¿Alegaréis que vuestro ministerio tiene una transcendencia ultraterrena que sólo se percibe del otro lado del supulcro? Valga ello para los individuos y allí cada

qual aprecie qué sacrificios pecuniarios deba hacer en vista de la salvación de su alma. El Estado nada tiene que ver con la otra vida. Su reino es todo de este mundo. Bien sé que aquí es una afirmación de la retórica oficial la de que el Estado es católico. En la forma, es esto un tropo; en el fondo, una inocentada. El Estado no puede ser católico ni protestante, ni ortodoxo, ni hereje, ni creyente, ni ateo, por la sencilla razón de que el Estado es un sér colectivo y en cierto sentido una abstracción, una entelegha. No va á misa, no confiesa, no comulga. No tiene alma que salvar. Cuando nace no le bautizáis; si muere no le administráis los Sacramentos. Fallecido, no celebráis por él sufragios. No os imagináis que en la otra vida vaya al cielo, ó que arda en los infiernos. Y es porque el Estado es algo de impersonal, de intangible, de inconcreto que no vive para la vida de los seres reales y sustantivos. Llamar católico al Estado, es una frase vacía de sentido; es lo que denominaría Spencer, según ha recordado oportunamente Clarín á este propósito, un *no pensamiento*.

«No me vengáis recordando ahora la historia de los bienes desamortizados y afirmando que lo que el Estado os da es la legítima indemnización que por aquellos bienes os debe. Hay entre la propiedad individual y la colectiva una esencial diferencia. Hembra ó varón, niño ó anciano, sano ó enfermo, loco ó cuerdo, moral ó delincuente, nunca pierde el individuo su derecho de propiedad, porque siempre tiene fines que cumplir, necesidades que satisfacer. Las colectividades dejan de tener derecho á la propiedad cuando no cumplen su misión. La propiedad del sér colectivo está afecta al fin, no á la persona. Tan pronto como dejáis de desempeñar vuestra función social, perdéis todo derecho á los bienes que para su cumplimiento os fueron confiados. ¿Cómo se os ha de deber nada en concepto de indemnización por bienes á cuya posesión no sois acreedores?»

«Diréis acaso que no es vuestra la culpa si la misión religiosa y moralizadora que os ha sido encomendada, resulta sin fruto. La culpable, según vosotros, es esta sociedad descreída y degenerada que no pone de su parte lo necesario para que resulte el bien común. «Ayúdate y Dios te ayudará; á Dios rogando y con el mazo dando». No lo discuto. Pero, aun supuesto que la felicidad terrena, única de que aquí se trata, fuese el resultado de una colaboración entre la gracia y el esfuerzo, el hecho es que los españoles no podemos atender á la vez á entrambas cosas. Somos demasiado pobres. La gracia necesita, por lo que dicen, interesesores; el esfuerzo, capital. Lo que os damos por rezar, para trabajar nos falta. Con lo que cuesta cada obispo, podría establecerse un Banco agrícola. Lo que cobra cada cabildo, bastaría para una granja modelo. Si pagamos rogativas no podemos hacer canales. Tenemos que elegir.

«Que la sola eficacia del esfuerzo humano basta para labrar la prosperidad de las naciones, es un hecho manifiesto que no podéis desconocer. No iréis vosotros á afirmar ahora que la gracia divina pueda favorecer á la herejía. Pues, sin su auxilio, por la sola virtud de la inteligencia y del trabajo, la Inglaterra, herética, posee medio mundo; la Alemania, luterana, se ha trocado en un vasto y poderoso imperio; la Francia, descreída y revolucionaria, es una nación grande y rica, y hasta la

Holanda y la Suiza, protestantes, viven, en su modestia, felices. Si hemos de obtener la justa compensación del sacrificio que nos cuesta el manteneros, es indispensable que por vuestra mediación obtengamos las ventajas que esas naciones deben á su ciencia y á su laboriosidad.

«¿Es ello ó no posible? Ni lo afirmo ni lo niego. Nada de ideas preconcebidas. Vosotros defendéis la posibilidad del milagro. Sea. Con verlo basta. Pero no lo vemos. El pueblo, sobre el que venís dominando secularmente, y sobre el que domináis todavía, es uno de los más desventurados del orbe. No os acusó; consigno el hecho. ¿Es que no rezáis bastante? ¿Es que no lográis que vuestras plegarias sean eficaces? Cualquiera que pueda ser la causa, el efecto es patente. Seréis santos, seréis benditos, seréis perfectos, vuestra conducta será irreprochable, vuestras palabras serán inspiradas en la más pura sabiduría; pero esta España, por cuya prosperidad eleváis al cielo preces incansables; sigue siendo, á pesar de ello, la última palabra del credo.

«Así, pues, obispos, presbíteros y diáconos; frailes de todas las comunidades y monjas de todas las advocaciones; padres y madres sin hijos, y hermanas sin hermanos, cuantos directa ó indirectamente, por *fas* ó por *nefas* percibís algo del presupuesto á causa de vuestra profesión religiosa, daos por notificados: si en el impropio plazo de seis meses no habéis logrado convertir al pueblo español de pobre en rico, de enfermo en sano, de ignorante en culto, de débil en fuerte, de holgazán en laborioso, de sucio en limpio, de indiferente en previsor, de descuidado en cuidadoso, os limpiamos el comedero. Esto no puede seguir así. O á rezar bien ó á trabajar de firme. A servir para algo.»

Y transcurrido el plazo de seis meses sin haber realizado la portentosa transformación lo haría lo mismo que lo digo.

ALFREDO CALDERÓN.

VOTO EN PRO

Nakens convoca á una reunión, que podría celebrarse el 11 del próximo Febrero, para ver si en ella dábamos fe de vida, demostrando á la gente que aún hay republicanos en España.

DON QUIJOTE vota en favor de la proposición de Nakens, cuyo artículo reproducimos á continuación, para conocimiento de nuestros lectores:

«Voy por cuarta vez á lanzar una idea que ha sido bien desgraciada en las tres anteriores, pues ni un solo republicano la acogió.

La de reunirnos en cualquier punto (en Madrid ó en otro centro), los que tengamos gusto en representarnos á nosotros mismos, sin exclusión de matices ni procedencias. Todo el que tenga voluntad, y dinero para el tren, que venga.

¿Plan? Ninguno: el de vernos los que nos conozcamos y el de conocernos los que nunca nos hayamos visto. Cambiar impresiones, charlar, discutir, disputar, insultarnos, hasta pegarnos; algo, en fin, que se separe de lo que ocurre en las Asambleas convocadas amañadamente con espíritu caqui, donde se acuerda invariablemente nombrar organismos nuevecitos con nombres viejos, y otras cosas que nunca se cumplen.

Tres ó cuatro mil republicanos procedentes de todas las regiones de España, reunidos en un local cualquiera, pueden quizás acordar algo provechoso; ciento pertenecientes á una tendencia determinada, ya sabemos que no hacen más que seguir las inspiraciones ó acatar el mandato de éste ó aquél.

El hecho de vernos reunidos muchos hombres que comulgan en una idea, daría ánimo á todos, y ninguno querría

DON QUIJOTE



De donde vendrá la tempestad



Pamplinas pa los canarios



Adivinanza.
¿Verde y con asa?



El hombre fiero



CUENTO ARAGONÉS-BOER

¡Toma, pa que no penes, Garberlain!



Las amas de la regeneración.
Poca y mala leche.



El rapto del duque, ó aquí todos somos unos.

cargar con el sambenito de haber impedido llegar á una inteligencia.

Y en último caso, si dejáramos de entendernos, nos quedaríamos como estamos. Miento; quedaríamos mejor. Porque cuando menos, habríamos matado una porción de creencias inocentes ó de esperanzas absurdas, que nos hacen soñar con la venida de un Mesías que nunca llega, ni llegará si no vamos á buscarle.

Estaba, como autor de la idea, por citar desde luego para el próximo 11 de Febrero en Madrid á todos los republicanos que encontraran bien esta idea. Pero mi resistencia á tomar iniciativas, que corresponden á los más autorizados, y el temor á convencerme del todo que en el partido republicano hay muy pocos que no imiten á los borregos de Panurgo, me ordenan abstenerme.

Y conste que no influye en mi abstención el miedo á un fracaso. Si éste llegara, no sería para mí ni para los pocos que vinieran, sino para los sensatos que se quedaran en sus casitas, porque la invitación no había partido de su señorito respectivo; su jefe, hablando más claro.»

JOYAS CLÁSICAS

BALADA DEL PROGRESO

A LOS TRABAJADORES

Tristes lágrimas salen de vuestros ojos; la fatiga os arranca suspiros hondos.

Mas la tarea que aún os agobiá, es vuestra vida y es vuestra gloria.

En las viejas edades fué el hombre esclavo; la materia á su yugo lo vió amarrado; mas él un día se alzó rebelde, y así la dijo: —¡Yo he de vencer!—

Sobre su frente noble Dios había puesto de su luz creadora claro destello; que derretía los eslabones de la cadena que arrastró el hombre.

En su lucha de siglos con arte y ciencia, su dominio perdiendo fué la materia; que á la gran obra la mayor carga hoy lleva dócil como una esclava.

Transformado y vencido, con ella el genio explora los abismos, escala el cielo, los astros pesa, doma los mares; y para el rayo que á sus pies cae.

Su soplo infunde en ella, y el lienzo anima, toca el mármol, y surge la estatua viva; y al arpa que hace de un leño toscó, le da la tierra sus cuerdas de oro.

Habla, y en breve instante, sobre el relámpago, atraviesa los polos el verbo humano. Eternizarse quiere en el tiempo, y el libro guarda su pensamiento.

Naturaleza, madre siempre amorosa, que tu hierro y tus bosques das, y tus rocas, estéril seas, si has de engendrarlos para instrumentos de los tiranos!

Santa Cruz del trabajo, quien te maldice no sabe que lo elevas y lo redimes: Ni espinas (ciego!) caer ha visto de la corona de su martirio.

Niños, mozos, ancianos, pobres mujeres, trabajadores todos... ¡Alzad la frente! Cada conquista de ciencia y arte, la hiel endulza de vuestro cáliz.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

GENTE CONOCIDA

Si tuviera menos talento del que tiene, y aunque tuviese más, sería lo que es y como es, y hablaría como habla, y obraría como obra, y defendería sus estupendas enormidades que ahora sustenta sin que nadie se escandalice ni alborote.

Porque el caso es que este singularísimo personaje, no parece un intelectual sujeto á los vaivenes del pensamiento y á los caprichos y rarezas de la voluntad. Sólo su medio ambiente le sugiere y domina y dirige; atmósfera donde nació y ha vivido y vivirá. Es el hombre de la restauración; el único hombre, hablando propiamente; engendrado en ella, la siente y comprende como nadie; la ama sin esfuerzo, porque le bastan el amor de sí mismo y el instinto de conservación para representar y defender su ideal.

Gamazo, Maura y Canalejas, que no precedieron á la restauración y en ella se hicieron personajes, no se han sentido, como aquel otro, posesos del alma de la política contemporánea.

Espíritu superficial, paradójico, negativo, exclusivamente crítico, indiferente, escéptico, mordaz, animado de grandes envidias y odios pequeños, alentado por una sola ambición harto limitada y ruin, es claro espejo de nuestra sociedad sin fe, sin alientos, de esta sociedad que lleva apoltronada en su espíritu la voluntad parálisis.

Solo, por el esfuerzo único de su brazo, este hombre sería un mediano foliculario; si se hubiese dedicado á las letras llegaría á tener fama de buen crítico, porque sus ojos retozones son de línea para ver las máculas y deformidades de la obra ajena.

Pero, como la restauración y como España, no ha menester el impulso de la voluntad. El acaso lo arrastra y la fatalidad lo guía, y ayer caído y hoy en alto, colaboran más en su obra la torpeza y la cobardía ajenas, que las iniciativas y los propósitos deleznales y entecos de su espíritu.

Por esto precisamente, porque reúne y personifica todos los decaimientos de la raza y toda la insubstancialidad de su época, es famoso y tiene derecho á serlo

más que nadie y alcanza ante los ojos présbites de la multitud la talla de grande hombre. ¡También el teatro de la vida tiene sus decadencias, y es lógico entonces olvidar á Calderón para aplaudir á Comellas!

Como su tiempo y sus contemporáneos, no tiene más ideal que vivir, con la menor lucha y la mayor comodidad posibles; como su tiempo es estéril, y como él no dejará tras sí una obra grande ni una idea generosa. En su espíritu y en el de la sociedad que le rodea se ha momificado el ideal democrático; de la igualdad humana ha hecho un arma de tiranía, entregando al juicio de las brutales multitudes la honra de los hombres y el porvenir del Estado. Ante la inmoralidad, que corrompe la vida y las ciencias, se siente incapaz de proclamar la redención, la resurrección social, y pide en tonos jeremíacos la selección, no hecha por el pueblo, que es el fuego de Dios cayendo sobre Sodoma, sino por un pontífice sin infalibilidad y sin tiara, por él mismo; selección que sería el feudalismo de los hipócritas.

No hay que ser bueno ni basta serlo. Con parecer honrado, con que el vulgo idiota lo crea, tenéis bastante para ser ministros, legisladores, empleados, cuanto queráis y podáis en esta sociedad que hace siglos profesa el principio jesuítico: «el pecado lo es en cuanto es motivo de escándalo».

Del indiferentismo quiso hacer una política. La masa neutra, criminal y egoísta, tiene en este hombre mediocre un enamorado fervoroso. La adula, la exalta, la llama medula del Estado, órganos niveladores de la vida nacional, y sus canciones bizantinas se pierden en la soledad de cementerio de esta sociedad caduca. Esa masa neutra, compuesta de honrados burgueses que hartos de robar viven bien, es un reflejo del aspecto moral de este hombre. La masa neutra no ha llegado á los consejos de un poder ejecutivo; pero ha realizado su ideal; come y vive. Nada sabe del país agobiado, envilecido. Su paganismo se sacia costado por el Estado; sus bienes están guardados por el Estado; la vida espiritual y la vida material son buenas, gracias al Estado, previsor y opulento. ¡Comamos y vivamos!

«Su rostro es una máscara! Le han hecho creer que hay en su espíritu y en su palabra cierta deliciosa perversidad florentina, y él pone todo su empeño en que la diabólica malicia de su leyenda esté siempre reflejada en sus fauces contraídas por una mueca de cinismo, y en toda su cara por una expresión de corazón frío, de alma muerta, que dan miedo.

Su voz desafiada y aguda tiene notas que escuchadas de noche, en un campo solitario, llenarían de pavor al más valeroso caminante. Oyéndole os parece sentir el alarido del chacal que cae sobre su presa; los aullidos del lobo que extremece el monte con la amenaza de su hambre. Ni una vez siquiera ha rugido como león.

Su oratoria es artificiosa, rebuscada. Mantener su fama de hombre bilioso, atrabiliario, incisivo es su constante preocupación, porque cree que por ello le temen y respetan. No hay quien le haga hablar si no lleva preparadas de antemano un par de frases aceradas, un par de navajazos perchereros. Cuando llega el momento de soltarlos, se prepara el asalto con todo el aparato de un matón de oficio; ahueca la voz, la desentona, la quiebra, logrando crispar los nervios del auditorio. Escribe los discursos mucho antes de pronunciarlos, los corrige, los pule, se los aprende de memoria, y es portentoso verle cómo finge la improvisación. Es un adelanto notable de la raza de fray Gerundio.

Sus amigos, sus admiradores, le elogian diciendo: «Es un político honrado». A pesar de su soberbia, él tiene de sí mismo una idea bien pequeña. Sabe que no pasa de ser un hombre hábil, listo, práctico, cualidades que la sociedad tiene en más estima que la virtud, el talento y la nobleza.

Lo que él no sabe y nadie ha dicho hasta ahora, es que este espíritu superficial, negativo, escéptico, mordaz, que se encumbra y acaudilla gentes sin haber afirmado ninguna idea fecunda ni creado ninguna obra grande, es una señal de los tiempos, una prueba de la decadencia...

DR. PEDRO RECIO DE TIRTEAFUERA.

DE ACTUALIDAD

Hay en España muchísimos que pecan de pediguñeros, y para que se convenzan de que lo que digo es cierto, ved aquí lo que le piden al año mil novecientos:
Un sietemesino. — Un acta de diputado cenero.
Un sacristán. — Muchas bodas, muchos bautizos y entierros.
Una madre. — No más quintas.
Un tomador. — Muchos memos.
Un concejal. — Ser alcalde.
Un militar. — Un ascenso.
Un jornalero. — Trabajo.
Un hombre avaro. — Dinero.

Un cacique. — Una cartera.
Un cesante. — Un buen empleo.
Una criada. — Un soldado.
Una doncella. — Un sargento.
Una pollita. — Un teniente.
Y, á ser posible, artillero.
Un camarero. — Propinas.
Un pagano. — Otro Gobierno.

«Un repatriado le dije:
—Ponga al balcón los zapatos, para ver si alguna cosa le dejan los reyes magos.
Y el pobre replicó al punto:
—Ponerlos pensaba este año; pero no puedo ponerlos...
—¿Por qué?
—¡Porque estoy descalzo!

VICENTE RUBIO.

LANZADAS

Problema á resolver:
¿Cuándo comienza el siglo xx?
He ahí (señalando á donde ustedes quieran) una cuestión que tiene muy preocupados á los españoles.
¡Y se comprende! ¡Porque como no tenemos otra cosa en que pensar!...

Ha sido nombrado Capitán general de Cataluña el Sr. Delgado.
¡Pobre señor conde de Caspe; *dimitido* en lo mejor de su edad!

Bien paga Silvela á quien bien le sirve.
¡Pero ahora sí que no podrá decirse que el hilo se ha roto por lo más Delgado!

¿Eso de la Inclusa?
Pues es ni más ni menos que uno de tantos rosales de la regeneración.
¡Y vamos viviendo!

El Sr. Villaverde, al decir de los periódicos bien informados, está decidido á no hacer modificaciones en sus proyectos de Hacienda.

Esto es tener carácter... y tal.
Sin embargo, nosotros creemos que los tales proyectos no perderían nada agregándoles unos *couplets* de Jackson, con música de Quinto Valverde.

En la Fábrica de Tabacos de Valencia va á colocarse una lápida en honor del ex ministro Sr. Navarrotterter.

¡Hombre, qué ganas tenemos de que al Sr. Silvela le coloquen también una lápida de esas, pero en otra parte!

El ministro de Hacienda, hombre misericordioso, si los hay, ha dejado cesantes de «una sola plumada» — según frase feliz de un periódico fusionista — á doscientos ochenta empleados á sus órdenes.

¡Doscientos ochenta!
Este Villaverde es un hombre terrible.
El mejor día rompe él mismo su credencial.
Y se declara cesante.

Se ha descubierto el suero contra el alcoholismo.
Y verán ustedes lo que va á ocurrir el día menos pensado.

Que el conde de las Almenas, no sabiendo ya de qué hablar, va á contárselo en el Senado al general Martínez Campos.

Una lanzada que nos da hecha *El Nacional*:
«Está la nación en el caso de aquel marido que suplicaba tres gracias de Dios: que su mujer le fuera fiel, que nunca se enterara él de lo contrario, y últimamente, que no le importase si se enteraba. A España la rigen mal, se ha enterado y no le importa.»

Advierto á ustedes, por si no se habían enterado, que ya tenemos un nuevo nuncio á quien mandar.
¡De modo que... se salvó el país!

Se ha celebrado un gran «té» en la Presidencia.
Y en él han bebido:
Silvela, vino blanco de la Huerta... de Murcia.
Dato, aceite de bellotas.
El marqués de Pidal, Jerez de Misa.
Villaverde, Leche de Viejas.
Gómez Imaz, de toda clase de vinos y licores.
Azcárraga, coñac tres estrellas.
Torreanaz, ¡pum!
Martínez Campos, ¡¡¡agua!!!
Pidal y Mon, ¡los vientos!
Etcétera, etcétera.

Frases sueltas:
Pleitos tengás y te defienda Gamazo.
¡Hombre, no me haga usted la concentración democrática!
¡Silvela, tienes nombre de mujer!
¡Moret, péfido como la onda!
Si no existiera Villaverde, habría que inventarlo. (Para lo que ustedes saben).

Estamos amenazados de horrible desdicha. *O terror das finanzas*, el lusitano Sr. Fernández de Villaverde y Díaz del Rivero, marqués de Pozo Rubio, dice que se marcha si no le aprueban á escape, sobre la marcha, to la la balumba de sus disparates económicos.

¡Cielos! ¡Que no se marche! ¡Que se quede! ¡Que le aprueben todo lo que él quiera, para que no se quede el país huérfano de su sabiduría!

¡Qué va á ser de nosotros si se va Villaverde!
¡Por Dios, señores, los diputados de oposición; aprobad todo solemnemente, que no presente la dimisión!

Imprenta de A. Marzo, Pozas, 12.